

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE

LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

Intravit in domum Zachariae, et salutavit Elisabeth. (Luc. 1, 40).

María entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel.

1. Cuatro personas figuran en este misterio, Jesús, María, Juan é Isabel. Todas ejercen visiblemente alguna accion particular menos Jesús que permanece oculto... Él, que es el alma de este misterio, carece de accion en él.
2. Si en este misterio no descubrimos en sí misma la accion de Jesús, es porque ya se manifiesta lo bastante en la de los demás...
3. Uno de los mas grandes misterios..., es la sociedad que el Hijo de Dios... Y no hablo de... Jesús se acerca todos los dias á sus fieles interior y exteriormente...
4. Jesús al visitar á los hombres comunica tres movimientos á sus corazones... Hace que se crean..., que deseen..., que posean en paz... Estos tres sentimientos aparecen en nuestro Evangelio...
5. El primer sentimiento lo vemos en santa Isabel, el segundo en san Juan, el tercero en la santísima Virgen... No temo por lo tanto aseguraros que habré demostrado...

Primera parte: Sentimientos de humildad en santa Isabel, figura de la humillacion de un alma que se juzga indigna de recibir á Dios.

6. El primer tributo que debemos á Dios, cuando nos visita, es la confesion de nuestra humildad... *Exi à me*, dijo san Pedro, *Domine, quia*, etc. — *Domine, non sum dignus*, dijo el Centurion, *ut*, etc. — *Unde hoc mihi?* dijo santa Isabel...

7. Yo advierto en las palabras de Isabel dos motivos principales... En la visita que recibe hay dos cosas: una que conoce, y otra que no entiende...

8. Isabel conoce bien el honor que María le dispensa, pero no

adivinando la causa de tamaño honor, se pregunta admirada: *Unde hoc mihi?*...

9. Hé aquí los dos motivos... El primero consiste en...; el segundo en que tampoco... Por ellos debemos aprender á... reverenciar la grandeza de Dios reconociendo nuestra nulidad, y á honrar..., confesándole nuestra bajeza.

10. Consideremos ante todo lo que exige de nosotros la grandeza de Dios... Si la dignidad nos inspira respeto, ¿cuál será el que debemos á Dios? Él es el único en todo, en... *Summum bonum*, dice Tertuliano, *ex defectione*; etc.

11. Toda grandeza criada tiene su parte débil. ¿Quién puede gloriarse de ser grande en todo?... *Domine, quis similis tibi?* dice David. *Quid est homo quod memor es ejus, aut*, etc., dice el mismo.

12. Para humillaros mas profundamente ante Dios, sabed que... Rendid, rendid aquí testimonio..., ó pecadores, ... Y vosotros, justos, ... ¿No veis que no es Isabel quien... sino María la que..., y Jesús quien precede á Juan?... ¿A quién, pues, no precederá si precede á su mismo Precursor?... De la gracia nos vienen todos nuestros méritos, y *ipsa gratia meretur augeri, ut aucta mereatur perfici*, dice san Agustin.

13. Si es, pues, cierto que no vivimos ni subsistimos mas que por la gracia, ¿cómo no exclamamos con Isabel: *Unde hoc mihi?*... ¡Ah! todo lo debo al Señor... Confesemos, pues, ante todo que somos indignos... Centurion, Pedro, Pablo, Juan Bautista... Tan cierto es que... Tal es el primer sentimiento que inspira la gracia...

Segunda parte: Deseos ardientes del santo Precursor, figura de los transportes de un alma que busca al Señor.

14. Además del sentimiento de humildad debe el alma experimentar un santo transporte hácia Dios para unirse á él. Pero ¿podemos aspirar á tanto? No hay que dudar. Ciertamente que su grandeza nos aleja, mas su bondad nos atrae...

15. Dios, dice san Gregorio Nazianceno, desea ser deseado, y ¿podeis creerlo? tiene sed, etc., *sitit siti*.

16. Símil de una fuente viva... Del mismo modo la naturaleza divina, siempre rica, siempre abundante...

17. De ahí provienen los transportes de san Juan... El Precursor siente que... ¿No veis cómo procura romper...?

18. El Bautista es el mejor modelo para aprender á... El objeto

de su mision fue preparar el camino al Salvador excitando deseos de recibirle... San Juan Evangelista nos explica las funciones de san Juan Bautista: *Non erat ille lux, sed*, etc.

19. El Bautista *erat lucerna ardens et lucens*, y tal es nuestra debilidad, dice san Agustin, que *per lucernam quarimus diem*. Esto significa que...

20. Habíamos perdido la luz y el deseo de verla... Aun mas, la aborrecíamos y huíamos de ella... San Agustin nos explica esto perfectamente haciéndonos ver la relacion que hay entre la luz espiritual y la sensible: *Luce quippe*... ¡Ah! esto lo demuestra la experiencia...

21. Esto son los pecadores, y esto era todo el género humano... ¿Qué hace, pues, el Salvador? Nos envia primero algunos rayos para fortificar nuestra débil vista y hacernos desear insensiblemente...

22. Por eso dijo Zacarías: *Visitavit nos oriens ex alto*... Mirad como el Precursor mismo se regocija con este nuevo dia... ¿No parece decirnos: por qué os deteneis...? ¿por qué huís...?

23. Aun no aparece Jesucristo, aun no..., y ya su divina presencia lo llena todo de alegría y... ¡Qué dicha! ¡qué gozo!... Pero ¡cuánto mayor no será...!

24. No es san Juan el único que desea ardientemente la presencia de Jesús... Ya David decia: *Anima mea desideravit te in nocte*.— *Quando veniam et apparebo*, etc.? ¡Qué vergüenza para los que...! ¿No está Jesucristo con nosotros?... Corramos, pues, á... Sí, deseemos...

Tercera parte: La paz y alegría de María, embarazada de Jesús, nos muestra la paz y alegría del alma que lo posee.

25. Las castas delicias de esa santa y divina paz que regocija á la Virgen, nos las muestra ella en su sublime cántico: *Magnificat anima mea*, etc. Voy á manifestaros las instrucciones que ese cántico contiene...

26. En la primera parte de ese cántico nos dice María los favores que... En la segunda habla del desprecio del mundo... En la tercera admira la bondad de Dios y la... Estas tres cosas nos parecen confusas, y sin embargo hay entre ellas una admirable connexion...

27. Dínos tú, divina Virgen, por qué se regocija tu espíritu en el Señor, *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*... La mirada de Dios

sobre los justos suele ser doble, segun las Escrituras, de favor y de proteccion... Un alma sostenida por esa doble mirada, ¿qué puede desear ya para tener la paz?...

28. María fue honrada con esta doble mirada. La primera la expresa con aquellas palabras: *Fecit mihi magna*, etc. La segunda con estas otras: *Fecit potentiam*, etc., y todo esto *quia respexit humilitatem*, etc.

29. Vosotras, almas cristianas, estais tambien honradas con estas dos miradas; y esto debe llenar de paz vuestro espíritu... No lo dudeis, él os mira con amor..., y os protege... Podeis, pues, exclamar: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?*— *Dominus illuminatio mea et salus mea, quem timebo?*— *Dominus protector vitæ meæ, à quo trepidabo?*

30. Ya que no sea posible pintaros en sí misma esa paz oculta que Dios comunica á sus siervos, manifestemos algun efecto sensible de ella. El desprecio del mundo... Por eso el alma refugiada en Dios exclama con María: *Dispersit superbos*, etc. *Deposuit potentes*, etc., *et exaltavit humiles*.

31. Para mejor comprender este sentimiento de desprecio del mundo, considerad la oposicion que hay entre él y Dios... *Est amulatio divinæ rei et humanæ*, dice Tertuliano. Lo que el uno eleva, el otro lo abate...

32. El mundo tiene dos fases... Los que miran el bien presente, dan... Dia llegará en que... Así lo presiente la divina Virgen, y con ella los... Por eso exclaman con ella: *Dispersit superbos*, etc. *Divites dimisit inanes. Esurientes implevit bonis*.

33. Cantad, cantad ese divino cántico... Cantad con María la derrota del mundo... Y vosotros que correis tras la fortuna... Si sois de Jerusalem, ¿por qué cantais todavía el cántico de Babilonia?... Olvidad esa lengua extraña...

34. Para mantener en paz vuestra conciencia aprended de la santísima Virgen: primero...; segundo...; y tercero...

SERMON III

SOBRE

LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

Intravit in domum Zachariae, et salutavit Elisabeth. (Luc. 1, 40).

Maria entró en casa de Zacarias, y saludó á Isabel.

1. En este día principalmente, y en la santa solemnidad que celebramos, es cuando los fieles deben reconocer que el Salvador es un Dios oculto, cuya virtud obra en los corazones de un modo secreto é impenetrable. Yo veo cuatro personas unidas en el misterio que celebramos; Jesús y la Virgen María, san Juan y su madre santa Isabel: hé aquí lo que constituye todo el objeto de nuestro Evangelio. Pero lo que encuentro en él mas notable, es que en la reserva del Hijo de Dios ejerce visiblemente estas sagradas personas alguna acción particular. Isabel, iluminada por Dios, reconoce la dignidad de la santísima Virgen, y se humilla profundamente ante ella: *Unde hoc mihi? (Luc. 1, 48)*. Juan siente la presencia de su divino Maestro aun desde el seno de su madre, y lo atestigua con transportes increíbles: *Exultavit infans. (Ibid. 44)*. Entre tanto, la dichosa María, admirando en sí misma tan grandes efectos de la Omnipotencia divina, ensalza de todo corazón el santo nombre de Dios, y publica su munificencia. De este modo obran aquellas personas; Jesucristo es entre ellas el único que parece inmóvil: oculto en las entrañas de la santísima Virgen, no hace ningun movimiento que manifieste su presencia; y él, que es el alma de este misterio, carece de acción en él.

2. Pero no os admireis, almas cristianas, de que nos oculte su virtud; Jesucristo se propone demostrarnos que él es el agente invisible que, sin moverse, hace que todas las cosas se muevan, que todo lo dirige sin mostrar su mano; y me será fácil convenceros de que si en este misterio no descubrimos en sí misma su acción omnipotente, es porque esa acción se manifiesta bastante en la de los

demás, los cuales no obran ni se mueven mas que por la impresión que Jesucristo les comunica. Esto es lo que veréis mas claramente en la continuacion de mi discurso: en el que, debiendo hablaros de la influencia del Espíritu Santo en tres personas distintas, necesito mas que nunca de los auxilios de ese mismo Espíritu, y debo procurar atraerme su gracia por la mediacion de aquella á quien la comunica en tal abundancia, que se extiende á los demás por su intercesion poderosa: saludemos, pues, á la bienaventurada María con las palabras del Ángel: *Ave María.*

3. Uno de los mas grandes misterios del Cristianismo es la santa sociedad que el Hijo de Dios contrae con nosotros, y el modo secreto con que nos visita. Y no hablo, hermanas mías, de esas comunicaciones particulares con que honra algunas veces á las almas escogidas; pues dejo á vuestros directores y á los libros espirituales el cuidado de instruiros en ellas. Pues qué, además de esas místicas visitas, ¿no sabemos que el Hijo de Dios se acerca todos los dias á sus fieles; interiormente por su Espíritu Santo, y por la inspiracion de su gracia; y exteriormente por su palabra, por sus Sacramentos, y sobre todo por el de la adorable Eucaristía?

4. Es muy importante para los cristianos el conocer cuáles son los sentimientos que deben tener cuando Jesucristo viene á visitarlos; y me parece que el mismo Jesucristo nos los enseña claramente en nuestro Evangelio. Para comprender bien esta verdad, advertid, cristianos, que el Hijo de Dios, al visitar á los hombres, comunica tres movimientos á sus corazones; prestad atención á ellos. En primer lugar, tan luego como se acerca, nos inspira, ante todas cosas, una grande y augusta idea de su majestad, que hace que el alma, temerosa y confundida por su natural bajeza, esté sobreco-gida de un profundo respeto ante Dios, y se juzgue indigna de los dones de su gracia: tal es el primer sentimiento que Jesucristo nos comunica. Pero, aun hay mas, cristianos: esa alma, humillada del modo que os he dicho, no se atreveria jamás á acercarse á Dios; y se alejaria siempre de él por respeto, reconociendo su poco mérito, si Jesucristo, por medio de otro movimiento, no la animase interiormente á acercarse á él confiada, y á correr á sus brazos por medio de un santo deseo; y este es el segundo sentimiento de que os he hablado. Finalmente, el tercero y el mas perfecto consiste en que, haciéndose Jesucristo propicio á los votos del cristiano, hace triunfar su paz en su corazón, como dice el divino Apóstol: *Pax Christi exultet in cordibus vestris (Colos. III, 15)*; y llena su

alma de una santa alegría con sus castos brazos. Bien lo sabeis, hermanas mías, vosotras que estais tan ejercitadas en las cosas espirituales; bien sabeis que por estos grados es como Dios se acerca á nosotros, y que tales son los sentimientos que inspira á nuestras almas: hace que se crean indignas de Jesucristo, y las prepara por medio de esta humildad; que deseen ardientemente á Jesucristo, y las anima con este deseo; finalmente, que posean en paz á Jesucristo, y las perfecciona con esta tranquilidad. Estos tres sentimientos aparecen en nuestro Evangelio clara y distintamente y con un órden admirable.

5. En efecto, ¿no veis á santa Isabel como al considerar á Jesucristo, que la honra con su visita en la persona de su santísima Madre, reconoce humildemente su indignidad, diciendo con voz respetuosa: *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* (Luc. 1, 43.) «¿De dónde he merecido yo este honor tan grande; el honor de que la Madre de mi Señor me visite?» Por otra parte, ¿no veis los deseos ardientes que animan al santo Precursor, cuando, saltando en el vientre de su madre, quiere, al parecer, romper los lazos que le impiden arrojarle á los piés de su divino Maestro, y no puede sufrir la prision que le separa de su presencia: *Exultavit infans in utero ejus?* (Ibid. 41). Finalmente, ¿no oís la encantadora voz de la bienaventurada María, que, estando embarazada de Jesucristo, y poseyendo en paz aquello que mas ama, se deshace en acciones de gracia, y nos da á conocer la alegría de su corazón por su admirable cántico: *Magnificat anima mea Dominum* (Ibid. 47): «Mi alma ensalza al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador?» No temo por lo tanto aseguraros que habré explicado todo el Evangelio, todo el misterio de este día, si os hago notar en esas tres personas, en quienes Jesucristo influye hoy ocultamente, la humillacion de un alma que se juzga indigna de él, como lo estais viendo en el ejemplo de santa Isabel; el transporte de un alma que le busca, como podeis notarlo en san Juan; y la paz de un alma que le posee, como os lo está demostrando la santísima Virgen. Esta será tambien la division de mi discurso.

Primera parte: Sentimientos de humildad en santa Isabel, figura de la humillacion de un alma que se juzga indigna de recibir á Dios.

6. Es muy justo, cristianos, que la criatura se humille cuando su Criador la visita; y el primer tributo que nosotros le debemos,

cuando se digna acercarse á nosotros, es la confesion de nuestra humildad. Por eso os he dicho que en el momento en que Jesucristo penetra en nosotros por medio de su gracia, el primer sentimiento que nos inspira es un temor religioso que nos hace en cierto modo apartarnos de él por la consideracion de lo que somos. Así, segun nos dice san Lucas, tan pronto como reconoció san Pedro la divinidad de Jesucristo, por los efectos milagrosos de su poder, se arrojó inmediatamente á sus piés, y le dijo: «Retiraos, Señor, guardaos bien de acercaros á mí, porque soy un hombre pecador:» *Exi à me, quia homo peccator sum, Domine.* (Luc. v, 8). Así tambien aquel piadoso Centurion, á quien Jesús quiso honrar con una visita, sorprendido de tal bondad, cree no poderla agradecer, sino confesando inmediatamente que es indigno de ella: *Domine, non sum dignus* (Matth. viii, 8); y del mismo modo, para volver á nuestro objeto, y sin buscar en ningun ejemplo lo que tan claro se encuentra en nuestro Evangelio, del mismo modo desde la primera vista de María, desde el primer sonido de su voz, su prima santa Isabel, que conoce la dignidad de aquella Virgen, y contempla con los ojos de la fe al Dios que lleva en su seno, exclama admirada y confusa: «¿De dónde he merecido el honor de que la Madre de mi Señor me visite?» *Unde hoc mihi?*

7. Esa humildad, hermanas mías, ese sentimiento de respeto, es el que debe grabar profundamente en nuestros corazones el ejemplo de santa Isabel; pero para esto es necesario que nosotros concibamos su pensamiento, y penetremos los motivos que la obligan á humillarse de tal modo. Yo advierto en sus palabras dos motivos principales, y que os ruego comprendais bien. «¿De dónde, dice, he merecido el honor de que la Madre de mi Señor me visite?» Sobre esto es sobre lo que debeis meditar especialmente. Por mi parte, lo que desde luego se me ocurre es que Isabel nos atestigua que, en la visita que recibe, hay dos cosas: una que conoce, y otra que no entiende. La Madre de mi Señor viene á verme; ved aquí lo que aquella santa mujer conoce y admira: ¿de qué proviene que me haga este honor? esto es lo que ignora y lo que pregunta. Isabel ve la dignidad de María; y en tal desigualdad la mira de léjos, humillándose profundamente ante ella. María es la bendita entre todas las mujeres; es la Madre de mi Señor; ella le lleva en sus entrañas: *Mater Domini mei*: ¿podré nunca rendirle toda la sumision que le debo?

8. Pero, mientras admira todas estas grandezas, otra reflexion

la obliga á redoblar sus respetos. La Madre de Dios la previene con una visita llena de amistad: ella conoce muy bien el honor que se le hace; pero no puede adivinar la causa de tamaño honor, y se pregunta á sí misma qué es lo que ha podido hacerle merecer esta gracia. ¿De dónde me viene este honor, dice, de dónde me viene esta bondad extraña? *Unde hoc mihi?* ¿qué he hecho yo para merecerla, ni qué servicios han podido hacerme acreedora á ella? *Unde hoc?* Santa Isabel no descubre, hermanas mías, en sí misma nada que sea digno de tan grande honor, y sintiéndose felizmente sorprendida por una misericordia tan inmerecida, aumenta sus respetos hasta lo infinito; y no halla otra cosa que hacer sino presentar humildemente á Jesucristo, que se acerca á ella, un corazón humilde bajo su mano, y una sincera confesion de su impotencia.

9. Ved aquí los dos motivos poderosos que inspiran á santa Isabel un sentimiento de humildad, cuando la visita Jesucristo. El primero consiste en que ella no tiene nada que pueda igualar á la grandeza del Salvador; y el segundo, en que no tiene tampoco nada que pueda hacerla acreedora á sus bondades: motivos efectivamente muy poderosos, por los cuales debemos aprender á servir á nuestro Dios, y á regocijarnos ante él con temor. Porque, ¿qué pobreza puede haber mayor que la nuestra? Nosotros no poseemos nada por naturaleza ni por adquisicion; no tenemos ningun derecho para acercarnos á Dios, ni por nuestra condicion, ni por nuestro mérito; por consiguiente, no estando menos alejados de su bondad por nuestros crímenes, que de su infinita majestad por nuestra pequeñez, ¿qué otra cosa nos resta, cuando se digna mirarnos, sino aprender de Isabel á reverenciar su suprema grandeza, reconociendo nuestra nulidad, y á honrar sus beneficios, confesándole nuestra bajeza?

10. Pero para que no lo hagamos solamente de palabra, sino que llevemos este sentimiento impreso en el corazón, consideremos ante todo lo que exige de nosotros la grandeza de Dios; y aunque no hay elocuencia que la pueda explicar bastante, para formarnos alguna idea de ella, sentemos desde luego este primer principio: que lo que inspira el respeto á los hombres, son sus dignidades, cuando les dan un rango particular. Ahora bien, supuesto este fundamento, ¿quién podrá decir, hermanas mías, el respeto que debemos al soberano Ser? Él es el único en todo, él solo es el sábio, él solo el bienaventurado, el Rey de los reyes, el Señor de los señores, único en su majestad, inaccesible en su trono, incompara-

ble en su poder. Por eso Tertuliano, queriendo explicar de un modo magnífico su excelencia incomunicable, dice que Dios es «el gran «Soberano, que, no permitiendo que nada se le iguale, se crea él «mismo una soledad por la singularidad de su perfeccion:» *Summum magnum, ex defectione æmuli solitudinem quamdam de singularitate præstantiæ suæ possidens.* (Adv. Marcion. lib. I, núm. 4). Ved aquí una manera extraña de expresarse; pero aquel hombre, acostumbrado á los términos enérgicos, no parece sino que busca nuevas palabras, para hablar de una grandeza que no tiene ejemplo. Y ¿no admiraréis sobre todas las cosas esa soledad de Dios: *Solitudinem de singularitate præstantiæ*; soledad verdaderamente augusta, y que debe inspirar un profundo respeto?

11. Pero la soledad de Dios nos sugiere además, en mi opinion, una bellísima idea. Todas las grandezas tienen su parte débil: el que es grande en poder, es pequeño en valor; el que es grande en valor, no lo es en entendimiento; el que tiene un gran entendimiento, está dotado de cuerpo enfermizo, que impide sus funciones. ¿Quién puede gloriarse de ser grande en todo? Nosotros cedemos, y otros ceden á nosotros; todo lo que se eleva por una parte descendiendo por otra. Por eso hay entre todos los hombres una especie de igualdad: de modo que ninguno de ellos posee nada tan grande, que otro mas pequeño no pueda alcanzarlo por algun lado. Solo Vos, gran Soberano, Dios eterno, sois singular, inaccesible y único en todas las cosas: *Solitudinem quamdam*, etc. Vos sois el único á quien se puede decir: «Ó Señor, ¿quién hay semejante á Vos (*Psalm. xxxiv, 10*), que sois profundo en vuestros consejos, terrible en vuestros juicios, absoluto en vuestras voluntades, «magnífico y admirable en vuestras obras?» (*Exod. xv, 2*). Vos sois tan grande, tan majestuoso, que ¡desgraciado del que se haga grande en vuestra presencia; desgraciado del que, en su soberbia, quiera llevar alta y erguida su frente ante Vos! porque Vos herís esos cedros, y los arrancais de raíz; Vos tocáis á esas orgullosas montañas, y las convertís en humo. Por el contrario, dichosos los que, sintiendo que os acercáis á ellos en vuestras santas inspiraciones, temen elevarse ante Vos, por no excitar vuestros celos; pero exclaman en seguida con el Profeta: «¿Qué es el hombre, «gran Dios, para que os acordeis de él? ni ¿qué son los hijos de los «hombres para que les hagais el honor de visitarlos?» (*Psalm. viii, v. 5*.) Ellos se ocultan, y vuestra faz los ilumina; se retiran por res-

peto, y Vos los buscais; se arrojan á vuestros piés, y vuestro espíritu de paz penetra en ellos.

12. Aprended, ó hijos de Dios, á recibir su soberana grandeza; y para humillaros mas profundamente, sabed que su bondad os sorprende en todo, y que su gracia se muestra en que lo que hace no es por ningun mérito vuestro. Rendid, rendid aquí testimonio á su infinita misericordia, ó vosotros pecadores, á quienes él ha convertido; ovejas descarriadas que él ha vuelto al redil; hijos en otro tiempo de las tinieblas, á quienes su gracia ha transformado en hijos de la luz! ¿Por ventura no se ha acordado él de vosotros, mientras vosotros le olvidábais? ¿no os ha buscado, cuando huíais de él con mas ardor? ¿no os ha atraído, cuando mas merecáis su venganza? Y á vosotras, almas santas y religiosas, que seguís el camino estrecho, que caminais á grandes pasos por la senda de la perfeccion; ¿quién os ha inspirado el desprecio del mundo y el amor á la soledad? ¿No es él quien os ha escogido, y no le confesais todos los dias que no habeis merecido esa eleccion? No quiero decir con esto que no tengais méritos: anatema contra los que lo nieguen; pero todos esos méritos vienen de la gracia. Si haceis buen uso de la gracia, es indudable que ese buen uso os atraerá otras gracias; pero es preciso que antes os prepare y os santifique aquella. ¿No veis, en nuestro Evangelio, que no es Isabel la que visita á María, sino María la que busca á santa Isabel, y Jesús el que precede á san Juan? Ahora bien, ¿en qué consiste, hermanas mías, este nuevo milagro? Juan debe ser el precursor de Jesús; él debe caminar delante del Salvador; él es quien ha preparado el camino; y sin embargo, vemos claramente que es preciso que Jesucristo le preceda. Decidme, pues, ¿á quién no precederá si precede á su mismo Precursor? Y si estamos prevenidos de este modo, ¿de qué podemos nosotros gloriarnos? ¿Será tal vez del principio? pero en él es cuando la gracia nos ha iluminado, sin que lo hayamos merecido. ¿Será por ventura del progreso? pero la gracia se extiende á toda la vida, y mientras esta dura, existe la gracia: *Fons aquae salientis*. (Joan. iv, 14). La gracia es un río que conserva, durante su curso, el nombre que ha tomado en su nacimiento; «es siempre la misma gracia que merece ser aumentada, á fin de que «por este medio merezca tambien llegar á su perfeccion:» *Ipsa gratia meretur augeri, ut aucta mereatur perfici*, dice san Agustin (epistola CLXXXVI, núm. 10, t. II, col. 667).

13. Decidme ahora, cristianos, si es cierto que no vivimos mas que por la gracia, que no subsistimos mas que por la gracia; ¿qué tardamos en imitar á santa Isabel? ¿cómo no decimos en lo interior de nuestros corazones: *Unde hoc mihi?* «¿De dónde me viene tan «grande dicha?» ¿de dónde me viene este favor extraordinario? ¡Ah! yo no le he merecido; solo le debo, ó Señor, á vuestra bondad. Tal es el primer sentimiento que inspira la gracia; porque su primer efecto consiste en darse á conocer como tal. Confesemos, pues, ante todas cosas que somos indignos de los dones de Dios; de este modo, Dios nos creará dignos de ellos; y si confesamos que no lo somos, si confesamos que nada nos debe, él se declarará deudor nuestro. Jesucristo visitó al Centurion, porque este se juzgó indigno de recibirle. Pedro se cree tambien indigno de acercarse á Jesucristo, y Jesucristo le elige para fundamento de su cuerpo místico. Pablo se cree indigno de que le llamen apóstol, y Jesucristo le hace el mas ilustre de todos los Apóstoles. Juan Bautista se cree indigno de desatar á Jesucristo los zapatos, que es el mas vil oficio de un criado, y Jesucristo le llama su mejor amigo, *Amicus Sponsi* (Joan. III, 29); y la misma mano que él no se atrevió á poner en los piés del Salvador, es elevada hasta su cabeza, sobre la cual derrama las aguas bautismales. Tan cierto es que lo que nos hace dignos de los dones de la gracia es el confesar humildemente que no los podemos merecer, y que la humildad es el fundamento de la confianza. Sí, cristianos, aquel que se haya preparado por medio de la humildad, puede abandonarse en seguida á los ardientes deseos, cuyos sagrados transportes vamos á ver en la persona de san Juan Bautista.

Segunda parte: Deseos ardientes del santo Precursor, figura de los transportes de un alma que busca al Señor.

14. No basta que el alma fiel se humille ante Dios y se aparte en cierto modo de él por un sentimiento de su bajeza. Además de este primer movimiento, por el cual reconoce su indignidad, debe sentir el alma otro, debe experimentar un casto transporte, por el cual corre hácia Dios, y procura unirse á él. Pero ¿es posible, hermanas mías, que semejante deseo sea razonable, y que mortales como nosotros puedan llevar tan alto sus pensamientos? No nos es lícito dudar de ello; y ved aquí una razon sólida, deducida de la naturaleza necesariamente bienhechora de Dios. Ya os he repre-